

LOS GRANDES FILMS
Mudos y
sonoros



SUE CAROL
DIXIE LEE

FRANK ALBERTSON
RICHARD KEENE

**UNA FIESTA
EXCEPCIONAL**

**50
cts**

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

Una fiesta excepcional

Interesante asunto sentimental, interpretado por

Sue Carol, Dixie Lee, Richard Keene,

Frank Albertson, etc.

Dirigido por John Stone



Es un film **FOX**

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Una fiesta excepcional

Argumento de la película

Catalina Collins, una deliciosa muchacha rubia, estaba empleada en la tienda de música del señor Smith.

Su misión era muy cansada. A imitación de un fonógrafo debía cantar las canciones que le pedía la clientela. Esta, numerosa y difícil de contentar, exigía antes de adquirir los papeles de música escuchar la tonada de los propios labios de la dependienta. Y Catalina llegaba a la noche con la garganta seca y el alma fatigada por el esfuerzo.

No era pues de extrañar que deseara con un ahínco de pobre preso que espera la hora de la libertad, que sonasen las seis campanadas del reloj, indicadoras de que la jornada había terminado por aquel día. ¡Qué deseos tenía de respirar al aire libre, de perderse por las avenidas de la gran ciudad, plenas de una multitud que como ella sufría

el dolor de un trabajo rudo! Luego al regresar a casa, después de haber recibido la inyección de optimismo y juventud de los paseos nocturnos donde a veces aparece inesperadamente la aventura divina del amor, ya no se acordaba de que no era más que una pobre dependienta, ruedecita minúscula y oculta del engranaje comercial.

Aquella tarde, cerca ya de las seis, Catalina consultó el reloj de pared y dijo a Flora, otra dependienta de la casa, encargada de tocar al piano las partituras:

—Ya es casi hora de cerrar, Flora... ¡Qué cansada estoy!

—Siempre debería ser hora de cerrar!

—Fíjate! ¡Más gente! ¡En esta casa no se para ni un instante!

Llegaron efectivamente dos señoras como de una edad de cuarenta años. Examinaron los distintos cuadernos musicales que había sobre el mostrador y una de ellas, señalando la canción "Vivo por ti", dijo:

—Me gustan esas canciones, señora de Goldfarb... ¡Son tan sentimentales!

—A mí también me gustan las canciones tristes, señora de Dupuy... Me recuerdan a mi marido.

—Señorita, ¿quiere cantarnos la canción?

Catalina tuvo que ocultar una vez más su contrariedad.

—Sí, señora... Pero, ¿cómo quiere que la cante... triste o alegre?

—Me gusta triste... y a mi amiga también...

—Pues allá va.

Y Catalina entonó del modo más sentimental que pudo la melodía "Vivo por ti".

Las dos señoras adquirieron un par de ejemplares de la

música y se alejaron lentamente, comentando las excelencias del arte y la bonita voz que tenía la dependienta.

Eran las seis menos un minuto. Y cuando Catalina comenzaba ya a cubrir el mostrador, presentóse un nuevo cliente, hombre elegante y cuarentón, seguramente tenorio de oficio, catador de variados amores.

—¡Oiga, nena!—le dijo con intención y devorándola con ojos ardientes—. ¿Sabe “Estoy Perdido Por Ti”?

Ella comprendió que el cliente hablaba con segundas.

—¿Y “Me Da usted Una Cita Esta Noche”? ¿La conoce?

Catalina, a quien no se ocultaron los verdaderos propósitos del envejecido tenorio, le respondió con mucha dignidad:

—Se refiere usted a las canciones... ¿no es cierto?

—Sí y no... pero me gustaría oír una de estas.

El reloj dió la primera campanada de las seis.

—Lo siento, señor, pero no puedo servirle, es hora de cerrar—indicó sonriente.

—Bien. Veo que no me puede cantar “Una Cita”, pero... ¿no querría usted tenerla conmigo?

—¡Caballero!

Y volviéndole la espalda con profundo desprecio se dirigió al taller.

El desairado tenorio se amoscó... ¡Demonio con la muchachita! ¡Cómo se atrevía a rechazarlo!

—¿Dónde está la oficina del encargado?—preguntó a Flora que acababa de cerrar el piano.

—Por aquella puerta, señor.

El comprador fué a hablar con el jefe de la tienda a quien expuso, a sus maneras, sus quejas respecto a la dependienta rubia.

—...y alegando que habían dado las seis se negó a cantarme una de las canciones...

—Lamento mucho lo ocurrido, señor—respondió el encargado, ridículo tipo de modisto parisense—. Investigaré inmediatamente lo sucedido y obraré en consecuencia.

—Muchas gracias... No estaba acostumbrado a esos desplantes como me ha dado la señorita esa...

Y el enfurecido comprador alejóse con la ruin satisfacción de que por su culpa aquella jovencita poco complaciente iba a sentir los efectos de una dura reprimenda.

Bien ajena a lo que pasaba, Catalina Collins se ponía ante el espejo del tocador su lindo sombrero rojo.

Virginia, otra de las dependientas, que vivía con Catalina y Flora en una misma casita, estaba dándose colorete a las mejillas y pintándose los ojos.

Tenía Virginia cerca de treinta años pero quería alargar el inefable misterio de los veinte.

—¿Continúas tratando de mejorar tus facciones?—le dijo Catalina, riendo—. Ya sabes que es una tarea imposible...

—Supongo que crees que debería parecerme a ti.

—¡Cualquier cambio resultaría ventajoso!

—Ilusiones!

Catalina se dispuso a marchar a la calle. Pero el encargado la llamó cuando estaba ya cerca de la puerta de salida.

—Tengo que hablar con usted, señorita... Haga el favor.

Entraron en un despachito. El parisense la miró de pies a cabeza y la dijo con una sonrisa de despiadada burla:

—Señorita, creo que le ha faltado a usted tiempo para terminar una canción que le había pedido un cliente.

—Yo no me niego a servir a los verdaderos clientes.

Pero ese señor no era más que un gomoso que venía a proponerme una cita amorosa y al que yo no he hecho el menor caso.

—Pues ese señor asegura lo contrario... y como yo no quiero que nadie se marche disgustado de mi tienda, lo lamento mucho, señorita... pero aquí sobran sus servicios... Mañana el cajero le arreglará la cuenta.

Catalina se mordió los labios.

—¡Perfectamente! —dijo.

—Vamos... no quiero ser muy severo con usted, Catalina—añadió el jefe con estúpida sonrisa—. Cene conmigo y discutiremos el asunto... Si es usted razonable, todo se arreglará.

Y sus manos atrevidas se posaron sobre el brazo de la dependienta iniciando hacia arriba una exploración.

—¡Déjeme usted! ¿Con quién se ha creído que trata?

—Con una mujer...

—¡Canalla!

Y en un arranque nervioso le cruzó el rostro de un bofetón, y salió precipitadamente del despacho.

En uno de los corredores encontró a su amiga Flora que la estaba aguardando. Se abrazó conmovida a ella y le explicó que acababan de despedirla.

—¡No te apures! —le dijo su amiga intentando consolarla—. Ya verás como encuentras algo mejor... No todo se acaba con esta casa.

—¿Pero te das cuenta de la injusticia que se comete conmigo?

—Sí... sí... ¡Pobre amiguita mía! Vamos, ánimate... Esto pasará y vendrán días mejores...

Y cogidas del brazo, las dos espléndidas flores de juventud salieron a la calle donde la luz artificial ponía ya

sobre los aparadores y los tejados sus primeras y alegres sonrisas.

* * *

Catalina y Flora dieron varias vueltas por las rumorosas avenidas donde la vida parece palpitarse de una manera eterna.

Después de haber recogido miradas, sonrisas, pensamientos de amor, emprendieron el camino hacia su casa.

Se detuvieron ante una lujosa tienda cuyos aparadores tenían una regia magnificencia.

Un muchacho estaba arreglando uno de los escaparates, procurando colocar del modo más artístico posible diferentes maniquíes de seda y oro.

Las chiquillas comenzaron a reír y hacer burla de los trabajos del dependiente.

Este se amoscó y les dijo:

—¿Por qué no se marchan y me dejan trabajar?

—Le molestamos? —dijo Flora, riendo.

—Me distraen.

—Bien, chico. No queremos ser un estorbo... ¡Pero cuidado con los maniquíes!...

Y prosiguieron su camino mientras el dependiente que se consideraba medio en ridículo arreglaba maniquíes, suspiraba al ver alejarse a las dos bellas mujercitas.

Catalina había dado una última mirada a los restantes aparadores que aparecían radiantes de luz y sedas.

—Flora, ¿no sueñas a veces con tener ropas como éstas?

—murmuró con esa infinita complacencia que causa el lujo,

—Muchas veces, pero nunca pasa de ser un sueño.

—Como a mí.

Minutos más tarde entraba en su casa. Catalina había vuelto a caer en profunda melancolía. No olvidaba que estaba despedida, que de nuevo debería comenzar la busca cargante de trabajo. En vano Flora procuraba animarla con los chispazos de su alegría.

Al llegar al rellano del piso en que ellas habitaban, encontraron en el corredor a Billy, el inquilino de la puerta de enfrente, un joven empleado que estaba enamorado de Virginia.

—¿Y Virginia? —preguntó con el anhelo febril del enamorado sin esperanza.

—No tardará en llegar —contestó Flora—. Ya sabes que siempre se retrasa...

—¿Por qué no sale con vosotras?

—Prefiere ir sola... Es un carácter un poco extraño.

Y sin quererle dar nuevas explicaciones, se despidieron de él.

Después de reposar breves minutos, las dos amigas acordaron tomar un baño. Prepararon el agua; sentían ya la alegría de la ducha que desentumeció los miembros tras la fatiga de la jornada.

Flora se asomó a la ventana y habló con un muchacho, que se asomaba a la ventana de la casa de enfrente.

—Oye, Eddie —le dijo ella—. Trae un amiguito esta noche para que me ayude a alegrar a Catalina... La han despedido.

—¡Pobrecita!

—Ah, y no te olvides de comer algo antes de que vengas!

—Descuida,



En vano Flora procuraba animarla.

Eddie, un dependiente de comercio, era muy buen amigo de Flora, tan amigo que a lo mejor, cualquier día aquella amistad se transformaba en un dulcísimo sentimiento de amor.

Muchas noches se reunían en el pisito de las jóvenes y reían y jugaban hasta cerca de medianoche.

Catalina y Flora tomaron poco después el baño. Respiraban gozosas, ávidamente, jugueteando entre la espumosa agua que cubría sus maravillosos cuerpos esculturales.

Virginia entró en la habitación.

—¡Hola, Virginia! —le dijo Flora—. Billy te anda buscando.

—Ya me lo suponía y por eso traté de que no me viese cuando pasé por su puerta —respondió con desenfado.

—¡Qué mal lo tratas! Y eso que vale mil veces más que esos ricachos que te tienen sorbido el seso.

—Los hombres sólo sirven para sacarles lo que una pueda.

—¡Qué absurda teoría!

—Pues no tengo otra.

Virginia era bien diferente de sus dos amigas. Estas, muchachas honestas, delicadas, se contentaban con su pobreza que también tiene su infinita poesía y su felicidad... Virginia soñaba con casarse con algún hombre millonario, con uno de esos seres fabulosos que pudiesen satisfacer, uno a uno, la infinita serie de sus caprichos. Para ver si conseguía ese deseo, aceptaba los homenajes de la gente rica, procurando mostrarse complaciente con los que la podían favorecer.

Billy, el buen empleado, adelantaba poco trecho en sus anhelos de enamorar el corazón de Virginia. Ella se reía de la asiduidad de su rondador. No quería pasar miseria

al lado de un muchacho sin porvenir, sin otra riqueza que la de sus innumerables ilusiones.

Virginia, que había guardado unos momentos de silencio, miró a Catalina y le dijo:

—Me he enterado en la tienda de que te habían despedido, Catalina...

—Sí...

Y Catalina le contó fielmente todo lo que había pasado.

—No te preocupes por eso, querida... ¡Para lo que valía el empleo! ¡Cosa más aburrida! ¡Ya encontrarás otro!

—Cuando venimos para casa hemos pasado por la tienda de Goldfarb. Daría cualquier cosa por trabajar en ese establecimiento.

—Creo que pagan buenos semanales... Pero ¡bah! todo eso es pobreza... aburrimiento... miseria... ¡Ay! ¿Por qué no ha de haber más millonarios? —comentó Virginia con cómico rostro compungido.

No se habían dado cuenta de que Eddie y otro joven desde la ventana de enfrente se hallaban contemplando a las tres lindas dependientas, dos de las cuales, enjabonadas hasta el cuello, estaban en la bañera.

—Oye, Eddie. ¿Son esas las niñas que vamos a visitar esta noche? —preguntó uno de los muchachos.

—Sí, Jack... esas mismas son.

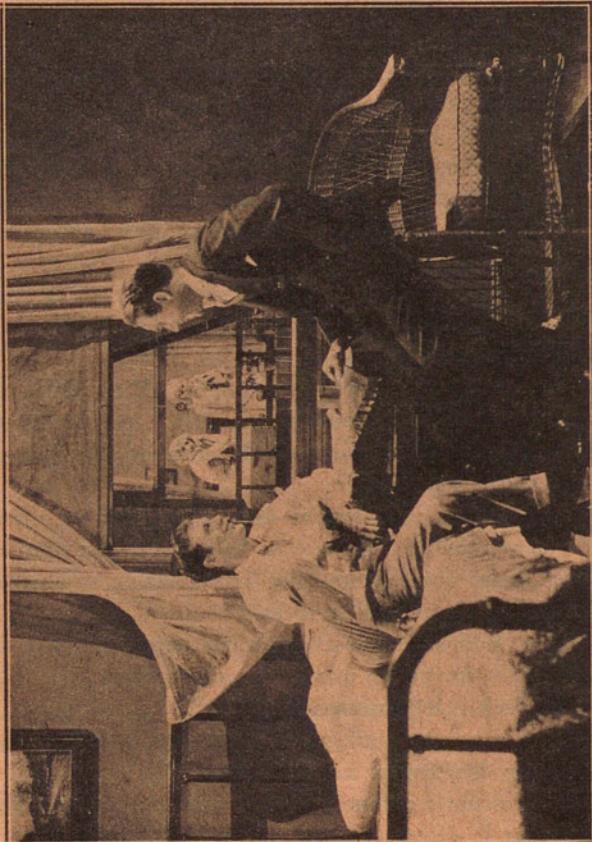
—Tienes aquí un magnífico observatorio, Eddie.

—No lo cambio por nada del mundo.

Flora descubrió entonces a los pícaros espías y se indignó al adivinar la deleitación con que las contemplaban.

Virginia avanzó hacia la ventana y corriendo la cortillita, les dijo:

—No me parece bien que las estén mirando...



—Tienes aquí un magnífico observatorio.

—Todo lo contrario que a nosotros, Virginia...

La cortina no parecía obedecer y levantóse varias veces, poniendo en situación comprometida a las bañistas.

Catalina, sacando apenas la cabeza de la montaña de espuma, dijo:

—Mira, Flora, el muchacho que está con Eddie es el empleado que arreglaba aquel escaparate!

—Es verdad!

—Y qué simpático es!

Virginia volvió a tirar la cortina, cuyo resorte no quería obedecer, con gran júbilo de los dos amigos que gozaban de un alegre y sin par espectáculo gratuito.

—Vergüenza les debería dar—dijo Virginia, furiosa.

Eddie movió la cabeza con disgusto.

—Tiene razón—contestó—y para allá vamos en seguida a pedirles perdón.

Se retiraron de la ventana y las bañistas, sin miedo ya a espionajes de ningún género, pudieron salir del baño.

Un cuarto de hora más tarde, Eddie y su amigo Jack se presentaban en el pisito de las muchachas. Billy llegó poco después, y las tres parejas vivieron durante cosa de media hora una velada deliciosa.

Eddie había presentado a Jack como a un gran camarada, un muchacho de valía, incapaz de mentir a una mujer... Sin saber por qué, con esas misteriosas atracciones de la simpatía, Jack y Catalina parecieron hacerse los mejores amigos del mundo, y al poco rato ya la joven le había explicado a su compañero que había sido expulsada de la tienda por no querer transigir con los atrevimientos del cliente ni del encargado.

Flora y Eddie aparecían también abstraídos en un suave idilio, y sólo Virginia se aburría al lado de Billy, tipo del

hombre tímido que se cree desairado y que no acierta a romper con su cortedad.

Llamaron al teléfono, situado en el corredor, y Virginia, muy alborozada, corrió a la comunicación.

Regresó al cabo de cinco minutos. Estaba más alegre que cuando marchó. Parecía haber recibido una excelente noticia.

Billy la miró tiernamente como si la alegría que demostraba fuera producida por él.

—Virginia—le dijo—, te he dedicado una canción... ¿Quieres oírla?

—Imposible, chico. Me acaban de invitar a una verdadera fiesta...

—Pero...

—Lo siento, pero es un compromiso ineludible.

Y con aquella alegre despreocupación de que siempre hacía gala, se dirigió a su cuarto para cambiar de ropa.

Flora corrió a su encuentro.

—No te puedes marchar así, Virginia... Vas a aguantarnos la fiesta.

—Tengo que salir. Ese que acaba de llamarme es Montgomery, el millonario. No quiero que se enoje conmigo el día antes de mi cumpleaños.

—Pero si tu cumpleaños no es hasta dentro de seis meses...

—Sí, pero él cree que es mañana... y da lo mismo.

No pudo convencerla. Y la alocada muchachita abandonó la fiesta familiar para irse con el millonario a cenar en un restorán de moda.

Billy se sentía afligido por aquella actitud que tan mal correspondía a sus innumerables atenciones.

Intentó Flora excusar a su compañera.

—Eso no lo hace por molestarte, Billy... Es una alocada, pero en el fondo buena chica y no tiene mala intención. Lo único que quiere es divertirse... Pero ya verás como cambia con el tiempo.

—¡Quiéralo Dios!

Entretanto, Catalina y Jack parecían abstraídos en una conversación cada vez más interesante.

—Debe ser maravilloso el trabajar en una tienda como ésa—decía Catalina—, con todos esos trajes y pieles tan hermosos ...

—Quizás pueda conseguirle un empleo allí.

—¿Usted?

—Sí, sí... lo digo de veras... Hablaré con mis jefes. Vendré a buscarla mañana por la tarde... ¿Quiere?

—¿Pero usted hará eso por mí? ¿Usted cree que me admitirán?

—Tendrían muy mal gusto si no lo hiciesen. Verá como le conseguimos un empleo importante.

Y bajo la esperanza de aquella colocación, la fiesta fué más agradable para todos... menos naturalmente para Billy, sumido en las melancolías de todo amante desdeñado.

Luego tomaron una cena frugal y a media noche los tres muchachos abandonaron el pisito donde reinaban la juventud, la esperanza y la ambición... y acaso también el amor...

* * *

La casa en que estaba empleado Jack era la de los señores Goldfarb y Dupuy. Estos dos caballeros estaban casados con las damas que el día anterior habían ido a comprar canciones tristes a la tienda de Smith.

Eran dos hombres ya maduros pero que se mantenían elegantes y con cierta arrogancia juvenil.

Su oficio de directores de una tienda de modas les obligaba a vestir siempre al "dernier cri" y a usar de maneras y procedimientos diplomáticos.

Y sin embargo, los negocios no iban del todo bien... Había una crisis general y de ello se resentía la casa donde las ventas disminuían de modo alarmante.

Aquella tarde se encontraban los dos socios en su despacho estudiando un gran legajo de facturas.

—Dupuy, ¿has visto todas estas cuentas sin pagar? ¿Sabes cuánto debemos? —preguntó.

—Qué si lo sé? El Banco no nos quiere dar ni un céntimo más.

—¿Qué hacer, pues? ¿Cómo salir de la situación? Además, mañana vence una letra contra el Banco... Hay que pedir un aplazamiento.

—Teléfona tú... Yo ya no sé qué decir.

Dupuy se puso al aparato.

—Banco Smart... Bien, habla monsieur Dupuy, de Dupuy y Goldfarb.

—Dispensa, pero es Goldfarb y Dupuy—corrigió su socio.

—Calla, hombre, da lo mismo.

Y continuó su conversación telefónica prometiendo al Banco pagar su deuda el próximo miércoles a la una.

¡Un nuevo aplazamiento conseguido! ¡Menos mal! Y la esperanza renació otra vez en sus espíritus.

Entró una mecanógrafa, y dijo:

—Dispense, señor Dupuy, pero Jack Hunter, el que arregla los escaparates, desea verle.

—¿No ve usted que estamos ocupados? No es hora ésta de recibir visitas.

—Pero es que viene acompañado de una joven muy bella.

—¡Ah! ¡Sí? Entonces que pase... ¡No faltaba más!

—Ya lo creo! —añadió Goldfarb.

Los dos socios, a pesar de su condición de casados, sentían una remarcada debilidad por las demás mujeres... Al anuncio de una chica guapa parecía que sus espíritus se rejuvenecían. Por eso jamás se negaban a recibir a una hija de Eva... si era una Eva agraciada.

Minutos después entró en el despacho Jack en compañía de Catalina a la que había ido a buscar a su casa.

Catalina estaba monísima. Su deliciosa figura, su cabello rubio, sus grandes ojos claros y simpáticos, causaron una bonísima impresión a los dos modistas parisienenses.

—¿Qué desea usted, Jack? —le dijo Goldfarb.

—Esta es mi amiguita Catalina Collins, señores... Tiene muchos deseos de trabajar y aceptará cualquier oferta que le hagan...

—Pues es la mar de complaciente —dijo Dupuy riendo.

Catalina bajó los ojos.

—En qué se ocupó usted antes, señorita? —le dijo Goldfarb.

—Vendía papeles de música en casa de Smith.

—Vendedora? ¡Magnífico! Usted ya tiene práctica y seguramente se adaptaría bien a nuestro ambiente. Pero... tendríamos mucho gusto en hablar privadamente con usted, señorita Collins... —dijo Dupuy atusándose el bigote.

Jack se dirigió hacia la puerta.

—Espero que emplearán a mi amiga. Vale mucho...

Catalina estaba un poco asustada al quedar sola con los dos directores de la tienda.

Goldfarb murmuró al oído de su amigo:

—¿No te parece que haría una modelo de primera?

—Soy de tu opinión.

Dupuy contempló codiosamente a la linda mujer y le dijo:

—Si quiere desempeñar un puesto de modelo, que es el mejor retribuído, es preciso que sepamos algo más de usted. A ver, ¿quiere hacer el favor de mostrarnos sus piernas?

La joven, roja como la grana, se levantó pudorosamente la falda, enseñando las dos piernas finas e impecablemente cubiertas con la media de seda.

—Un poquito más alto, si hace el favor...

Y los dos socios disfrutaron de lo lindo contemplando hasta un poco más arriba de la rodilla los tesoros carnales de aquella elegante mujer.

Tan distraídos estaban en la contemplación de aquella escultura, que no se dieron cuenta de que entraban en el despacho sus respectivas esposas, dos señoras de genio tremebundo que no consentían la menor infidelidad.

Las dos damas lanzaron una estrepitosa carcajada haciendo palidecer a los modistas.

Catalina, un poco asustada, sin comprender demasiado, volvió a dejar caer la falda.

Dupuy cogió por la mano a la muchacha y la llevó a una habitación contigua.

—No se mueva de aquí—le dijo—. Volvemos en seguida.

Y corrió de nuevo al lado de su socio para dar explicaciones de su conducta.

—Estábamos examinando las medias de esa muchacha... Queremos comprar unos modelos parecidos... Son de última moda—dijo Dupuy tímidamente a su mujer.

—Sí, de última moda—respondió su esposa envolviéndole en una mirada terrible—, pero nosotras tendremos mucho cuidado en que esta trastada vuestra sea también la última.

—¡Pero mujer!

—Sois un par de sinvergüenzas...

Y las dos esposas colocaron sobre sus respectivos maridos una serie de puñetazos magníficos, capaces de hacer levantar de sus asientos en entusiasmo delirante a los aficionados al boxeo.

* * *

A pesar de las enérgicas y contundentes razones de las dos mujeres, Catalina fué admitida como modelo en la casa de modas.

La muchacha tenía un buen sueldo y estaba agradecidísima a Jack por haberle proporcionado aquella colocación.

¡Oh, no tenía miedo de que Goldfarb y Dupuy se demandasen! Ella con su tranquilidad, con su honradez, sabría atajar cualquier atrevimiento. Pero no creía que esto sucediese... Los dos socios parecían al fin y al cabo buenas personas y no exigían cosas imposibles, conformándose con alguna miradita cálida al pasar.

Aquel atardecer, Jack, que se mostraba no menos satisfecho que su amiga por el éxito de sus gestiones, acercóse a Catalina y le dijo:

—Pensaba pedirle que celara conmigo esta noche.

—¡Oh, gracias!

—¿Acepta usted?

—Sí... sí... Y perdón si antes no le he expresado mi gratitud... He estado hoy tan ocupada que no he tenido ni tiempo para darle las gracias por haberme conseguido el empleo.

—De eso no hay que hablar... Yo debo estarle agradecido porque su aceptación me permite verla con frecuencia.

Un elegante caballero llamó a Jack y le dijo con voz amable pero con cierto tono de superioridad que no admitía réplica:

—Oye, muchacho, sal y dile a mi cochero que no me espere.

—Bien, señor.

Después de cumplir la orden, Jack volvió al lado de su amiga.

—¿Quién es ese señor que manda con tal imperio?— preguntó Catalina.

—Es Weatherby, el millonario que facilita el capital para este negocio. Un inmenso fortunón... No es mal sujeto, pero le gusta ser obedecido en el acto.

Era ya hora de cerrar...

Los dos jóvenes, después de haber dejado ordenadas las cosas para el día siguiente, salieron a la calle.

—Conozco un restorán italiano cerca de aquí, pero es un lugar de mala muerte—dijo él excusándose.

—Eso no me importa, Jack. Donde usted me lleve, estará bien.

Comieron en un sencillo restorán, pero los manjares les sabían a gloria. Y más que la comida lo que saboreaban era la compañía, las dulces miradas que se cruzaban anhelantes, las palabras tímidas y delicadas de su conversación.

Sin habérselo dicho aún, la pasión ponía maravillas de embriaguez en sus almas.

Era el amor fogoso e inmediato de las vidas juveniles que desorientadas en plena soledad encuentran al fin su compañía.

Después fueron al cine donde presenciaron conmovidos dos películas de amor... Y al marchar del local, dirigéronse al parque, solitario a la hora de las once, cargado de perfumes y de gorjeo de ruiseñores.

Se sentaron en uno de los bancos, oculto entre el ramaje. Hablaron largamente de sus vidas, de su pasado, de sus ilusiones, de esa desorientación en que vagan las gentes sin saber lo que realmente quieren y que no tiene otro nombre que la falta de un amor...

El la cogió de pronto una mano y la murmuró ardientemente:

—¿Verdad que los novios que vimos en la película se parecían a nosotros?

—¡Qué coincidencia! ¡Eso mismo pensaba yo!

—Catalina... ¿no quieres que tú y yo seamos también novios? ¿No te seduce la idea de amarnos mucho para toda la vida?

—¡Oh, Jack... Jack!

Se estrecharon las manos, sus rostros estaban casi juntos... Y así dulcemente, sin saber si era él o ella el que había empezado, sus labios se besaron, repitiendo el beso una y otra vez...

Y transcurrió mucho tiempo... Estaban abstraídos de todo el mundo, lo olvidaban todo con el exclusivista egoísmo del amor... Y entre dulces palabras se confesaban sus ilusiones y sus anhelos de una vida bella, aureolada

por la alegría, apacible y burguesa en que nada debía de faltar.

Al fin, se levantaron. Un reloj dió una campanada.

—¡La una!—exclamó Catalina pareciendo reaccionar de su éxtasis—. ¡Dios mío! ¿Qué pensarán mis amigas? Vamos ya a casa, Jack... Pero... ¡uy!... Se me ha dormido un pie.

Y riendo y cogiéndose del brazo del que ya era su novio, se alejaron del parque, cojeando ella ligeramente hasta conseguir que de nuevo circulase la sangre en el pie entumecido.

Jack acompañó a su amiguita hasta la puerta de su casa. Luego se despidió tras un nuevo beso.

Virginia no estaba aún en el piso. Se hallaría todavía en algún baile, en alguna de las fiestas a la que era tan aficionada. Flora dormía pausadamente con la tranquilidad de la que no tiene ninguna preocupación. Flora era un temperamento apacible y aunque sentía por Eddie un gran interés, no la desvelaba ninguna inquietud amorosa.

Catalina, con ese deseo de hacer partícipes a los demás de la propia felicidad, despertó a grandes gritos a su amiguita.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Hay fuego?—dijo Flora.

—Algo parecido, chica... ¿No sabes? ¡Estoy enamorada... locamente enamorada!

—Eso ya lo sabía yo—contestó sonriente y tumbándose del otro lado de la cama.

—¿Cómo sabías? Si Jack se me ha declarado esta noche y no me había dicho nada hasta hoy.

—Pero tú ya estabas enamorada de él... Se te conocía. ¡Le alababas tanto!

—¡Estoy tan contenta! Tú deberías aceptar a Eddie

como novio. ¡Verías lo hermoso que es sentirse amada y amar!

—Tu consejo me agrada.

Entretanto Virginia había llegado al fin. Al ir a entrar en su casa, encontró a Billy que salía de la suya y la miraba con melancólica atención:

—¿Qué haces?—le dijo ella desdenosa—. ¿Te dedicas a espiar mis actos?

—Nada de eso, Virginia... Sólo quería verte... ¿Por qué vuelves tan tarde?

—¿Y qué te importa? ¿De cuándo acá he de darte explicaciones? ¡Adiós! ¡Buenas noches!

Y entró en su piso murmurando furiosamente contra aquel enamorado tenaz que no se daba por vencido.

—Chicas, qué pesado es ese Billy... siempre tras de mí. Parece un espía. Me obligará a cambiar de casa.

—¡Te quiere tanto!

—Pues que se aguante... o que gane mucho dinero para que pueda ofrecerme un porvenir... Entonces hablaremos.

—Eres demasiado ambiciosa—le dijo Flora—. Aprende de Catalina... ¿No sabes? Está enamorada de Jack, el dependiente... Son ya novios.

Virginia lanzó una gran carcajada. Mientras se despojaba de su traje, seguía riendo con una risa insultante, que mortificaba los sentimientos purísimos de la enamorada.

—Parece que no lo crees un buen partido—dijo Flora.

—Jack es un buen chico, no lo niego, pero ¿qué puede hacer por Catalina?

—No quiero que haga nada por mí, sólo quiero su cariño—respondió la modelo.

—Pues descuida... que con lo que gana no te dará otra cosa.

—Me basta su felicidad.

—¡Qué romántica, niña! ¡Ni que fueras la Julieta de Shakespeare! Bueno, buenas noches a todas.

—¿Y tú qué has hecho?

—Me he divertido lindamente. He bailado con varios millonarios. ¡Ay, si pudiese cazar a alguno!

—¡Vete a dormir, chica! —le dijo Flora—. Ahora podrás soñar mejor...

Virginia entonó a media voz una canción y metióse en su cama para seguir soñando lo que era la ilusión de su vida: un novio de millones.

* * *

A la otra tarde, a la hora de cerrar la tienda, Jack se dirigió a la sección donde estaba la modelo Catalina.

—¿Salimos ya, queridita?

—Imposible, Jack... No puedo marcharme aún... Tengo que esperar que acaben un vestido que he de entregar yo misma.

—¡Qué lástima! ¿Tienes para mucho?

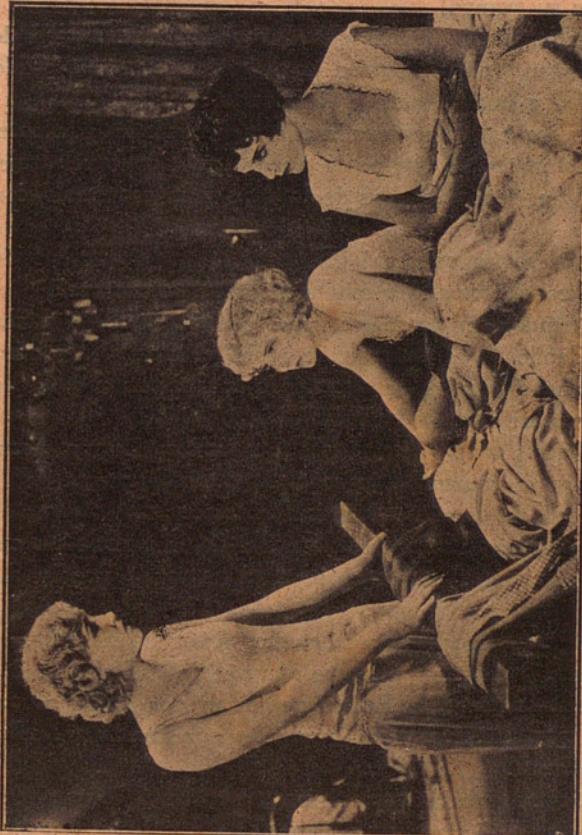
—Cuestión de una hora.

—Pues bien, te espero en el restorán italiano... Voy a comer muy despacio... Pero no tardes...

—Hasta pronto, Jack...

Un tierno apretón de manos y los dos novios se separaron.

Jack dirigióse al restorán donde cansóse de esperar a Catalina. Aunque comió con exagerada lentitud, terminó su yantar sin que Catalina hubiese aparecido.



—He bailado con varios millonarios,

Estaba de un humor de todos los demonios... ¡Maldito trabajo! ¡Ay! ¡Eso de que los pobres no puedan disponer de su tiempo!

Catalina había tenido que llevar un traje a casa de una elegante dama a quien no le pareció bien el vestido y obligó a la muchacha a devolverlo a la tienda.

Catalina estaba indignada por la actitud de la cliente. Parecía imposible que no le hubiese gustado aquel traje. Ya en la tienda lo sacó de la caja y lo contempló con ilusión.

¡Con lo bonito que era! ¡Oh, si ella tuviese un vestido así se consideraría aún más dichosa de lo que era!

Y riendo, sin acordarse ¡ay! de que Jack la estaba aguardando en el restorán, se probó el traje de "soirée" y miróse al espejo, encantada de la perfección y de la elegancia de aquella "toilette".

Mientras tanto, los señores Goldfarb y Dupuy discutían con el comanditario señor Weatherby acerca de la necesidad de que les diese más dinero.

El millonario se excusaba; aquél no le parecía un excelente negocio y tenía el presentimiento de que lo iba todo a perder.

—Si nos escucha un momento, señor Weatherby, le explicaré por qué necesitamos dinero—decía Dupuy.

—Eso ya es viejo. Pensé que tenían una nueva proposición por hacerme. Pero, ¿quién es aquella mujer? ¡Bonita silueta!

Y señaló una galería cercana, tras cuyo cortinaje se delineaba la linda silueta femenina al parecer elegantísima.

Weatherby, que tenía una gran debilidad por las mujeres hermosas, se dirigió rápidamente hacia la galería.

Los dos socios quedaron un momento hablando acerca del poco éxito de su petición.

—Cada vez que dices algo lo dices al revés—censuró Goldfarb a su asociado.

—¿Por qué?

—No le digas nunca a nadie lo que tienes que poner... dile siempre lo que va a ganar... Eres un mal comerciante.

—Pues ya se ve la gracia que has tenido tú para sacarle dinero.

Se dirigieron a reunirse con el millonario y encontraron que éste estaba mirando complacido a Catalina que parecía avergonzada de que la hubiesen sorprendido con aquel traje de *soirée*.

Los directores miraron con extrañeza a la empleada.

—Pero, ¿qué significa éso? ¿Cómo lleva usted ese traje?—le preguntó Dupuy.

—La señora de Van de Pol lo devolvió y dije que se lo podían ustedes guardar, que no le interesaba.

—Y por eso pensó usted lucirlo en alguna fiesta para esta noche, ¿verdad? ¿No sabe que está prohibido que las dependientas se pongan los vestidos? Está usted despedida... Así aprenderá a conocer su obligación.

Catalina, avergonzada y disgustada al serte tratada de modo tan injusto, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a llorar.

El millonario la examinó entonces con deleitación y dijo:

—Me parece que están ustedes cometiendo un grave error... Esta joven no merece el trato que le dan.

La modelo alzó los ojos y miró con simpatía a su defensor a quien recordó como al capitalista de la casa.



—*Esta joven no merece el trato que le dan.*

¡Apreciable caballero! Se hacía más cargo de las cosas que aquel par de modistas!

—¿Saben ustedes lo que es una mujer atractiva?—siguió diciendo Weatherby.

—Sí, lo son todas las mujeres menos nuestras esposas—contestó Dupuy y ratificó Goldfarb con grandes movimientos de cabeza.

—Pues, esa muchacha es verdaderamente atractiva. ¿No hablaban ustedes de dar algunas fiestas a los compradores de fuera? Pues yo creo que con la simpatía de esa chica, las fiestas pueden resultar espléndidas... e inclinar a nuestro favor a numerosos compradores. ¿Qué les parece?

—¡Magnífico! Excelente idea... como todas las suyas—dijo Dupuy.

—Y a usted ¿qué le parece, señorita?... ¿Cómo se llama?—le preguntó Weatherby.

—Catalina.

—¿No opina lo mismo, Catalina?

—Yo...—dijo ella, serenándose...—en lo que dependa de mí... encantada de poder ayudarles...

—Pues todo está arreglado. Daremos una gran fiesta. Alquilaremos un piso... usted como si fuese la señora de la casa, hará los honores... y de esta manera atraeremos a las familias más distinguidas de la población. Lucirá usted una elegantísima “toilette” y presentará además a las demás modelos de la casa. ¿Qué le parece?

—Espléndido!

—¿Quiere usted venir conmigo esta noche a cualquier restaurán para ver si tiene habilidad en su trato con el gran mundo?

Vaciló Catalina. Recordó instantáneamente a Jack que

la habría esperado en el restorán italiano. Pero era tan tarde ya... Seguramente que su novio habría marchado a casa. Y además era tan sugestiva la proposición del millonario...

¡Quién sabe si con el nuevo cargo que le iban a dar en la casa podría salir de la mediocridad en que vivía! Y esto se lo agradecería el mismo Jack pues para los dos sería la felicidad y el lujo.

—Voy a ir con usted—decidióse.

—Escoja un abrigo que haga juego con el vestido—le dijo Weatherby.

Un precioso abrigo de marta la dió el aire perfecto de una verdadera aristócrata.

Se miró al espejo complacida. La vanidad, ese diablillo que a veces es más fuerte que el amor, la hizo sonreír de dicha... Y en aquel instante no se acordó siquiera del novio humilde...

—¡Que les vaya bien!—dijo Dupy—. Ha sido una gran idea... Deberíamos haberla puesto antes en práctica.

Catalina y Weatherby marcharon en automóvil a un restorán de lujo. Cenaron espléndidamente, bailaron... A media noche, Catalina se despidió de aquel elegante caballero que se había comportado de una manera correcta, impecable, y que sólo le había propuesto honrados negocios comerciales.

Catalina estaba satisfecha. Subió a su piso cantando alborozada una canción.

¡Lo bien que lo iban a pasar en lo sucesivo! Sería la principal modelo de la casa, tendría un sueldo excelente, consideraciones y poco trabajo. ¡Un porvenir maravilloso!



Catalina estaba satisfecha.

Jack la esperaba en el piso en compañía de Flora, de Virginia y de Eddie.

Su novio la miró con profundo disgusto y le preguntó al verla tan elegante:

—¿No me dijiste que tenías que entregar un vestido?

—Sí...

—Supongo que no era de la medida y Weatherby te lo regaló y te trajo a casa en su auto. He visto como te acompañaba.

—¡No te disgustes, Jack! Weatherby fué sumamente amable conmigo. Me ha dado un nuevo empleo y me ofrece un piso si lo quiero.

El bajó los ojos y murmuró unas palabras de protesta.

Virginia y Flora les miraban en silencio.

—Pero ¿qué te pasa, Jack? ¿Por qué no me das la enhorabuena?

—Sí, por lo bien que me has engañado.

—¡Jack, no seas así! Tu cariño es para mí sagrado. ¿Pero no quieres que yo me gane bien la vida y que adquiera una posición?

—Weatherby es un hombre peligroso... y no me gusta que haga regalos a mi novia.

—¡Qué extraño eres, Jack!

—Soy como debo ser... y yo no consentiré ciertas cosas.

—¿Me quieres ver siempre esclavizada?

—No te molestaré más. Adiós.

Y marchó dejando a Catalina anegada en lágrimas, pues ella no acertaba a comprender el por qué de la indignación de Jack... ¿A qué venían aquellos estúpidos celos? ¿Es que para amar tenía uno que recluirse en la pobreza? ¿Traicionaba acaso a su novio aceptando la proposición del millonario?



—¡Qué extraño eres, Jack!

Flora la recriminó lo que estaba haciendo.

—Para obtener un empleo, ¿es preciso que aceptes un piso?

—Naturalmente, porque en el piso ese voy a dar unas grandes fiestas para agasajar a los compradores.

—Eres afortunada, Catalina.

—Si no lo aceptas te deberían mandar al manicomio—dijo Virginia, sonriente.

—Bah! Sé muy bien lo que me conviene.

Al poco rato dormían las tres muchachas veladas por los ensueños mágicos que crean la ambición y la juventud.

* * *

Jack estaba disgustadísimo por lo que ocurría. Al día siguiente apenas dirigió la palabra a su novia. Pero cuando se enteró de que los señores Goldfarb y Dupuy habían alquilado un piso lujosamente amueblado para que se instalara en él Catalina, puso el grito en el cielo y estalló en profunda indignación.

—Eso no puede ser—dijo a Catalina—. Te estás comprometiendo gravemente.

—¿Pero no serás razonable alguna vez, Jack?

—¿Qué van a decir las gentes? Tú aparecerás como propietaria del piso y la gente no sabrá los motivos de tu rápida ascensión.

—¿Y qué me importa la gente? Si tú tienes confianza en mí, lo demás no me interesa.

—Pero yo necesito que el mundo te crea honrada, que nadie te señale con el dedo. ¡Oh, yo voy a hacer una!

—¿Qué te propones?—dijo alarmada.

—Pronto lo sabrás...

Y llevado de violentos celos, dirigióse al despacho de sus directores.

Goldfarb y Dupuy le miraron extrañados por su actitud descompuesta.

—¿Qué desea usted? ¿Qué pasa?—le preguntaron.

—Todo el mundo está murmurando acerca de la casa que le han puesto ustedes a Catalina... ¿Qué es lo que piensan hacer?

—Cuando un empleado se permite ciertas preguntas, es hora de despedirlo—le respondió Dupuy.

—¿Por qué me exasperan? ¿Es que quiere usted que yo...?

Levantó el puño pronto a descargarlo sobre Dupuy... Este tembloroso se levantó y señaló a su socio:

—A mí no me venga con cosas—dijo—. Goldfarb es el jefe.

—Sea quien sea. Si ustedes se propasan con mi novia, yo les aseguro que les arreglaré las cuentas.

Y salió dando un tremendo portazo y considerándose despedido de la tienda. No le importaba ya. Dispuesto estaba a todo para impedir que Catalina fuese víctima como él temía de las maquinaciones de Weatherby.

Volvió a ver a Catalina a quien dijo con voz alterada:

—¿Estás dispuesta a dejar ese empleo que graciosa-
mente te han concedido? ¿Estás dispuesta a no hacer más tonterías?

La joven estaba ofendida por aquella desconfianza y por lo que consideraba una actitud terca y absurda.

—No puedo, Jack—respondió noblemente—. Este em-
pleo significa mucho para mí y además estás muy equivo-
cado acerca de los propósitos del señor Weatherby... Su

protección es desinteresada... Yo no le admitiría otra cosa.

—Yo no dudo de ti, sino de él... A veces tras esa bondad se esconden sentimientos perversos... En fin, ¿quieres obedecerme?

—No, Jack... Por un capricho tuyo no voy a volcar mi porvenir en la nada. Sé justo y no pienses mal.

—Pues en ese caso haz lo que quieras... Me tiene todo sin cuidado. Hemos terminado para siempre.

Y abandonó la tienda dejando a la muchacha affligida y desolada por lo que seguía considerando una actitud equivocada y sin justificación.

Catalina regresó a su pensión y habló a sus amigas de su ruptura con Jack. ¿Verdad que no tenía razón de hacer todo aquello el joven dependiente? Ella le quería mucho, pero se negaba a obedecer su loco capricho.

Flora mostróse muy reservada. Le parecía que a Jack no le faltaba razón al sospechar peligros e inconvenientes en aquel rápido e inusitado encumbramiento. Ella no hubiera obrado así. Primero que todo su novio; luego su porvenir.

Pero Virginia por el contrario aprobó en su totalidad la conducta de su amiga Catalina.

Hacía perfectamente Catalina en negarse a escuchar a su novio. Además, si él la quería de veras, volvería sobre su acuerdo y un día u otro iría a pedirle perdón.

—No te asustes, queridita... A los hombres les conviene de vez en cuando una lección.

Y Catalina, luchando entre el amor y la ambición, pasó la noche casi sin poder conciliar el sueño, entre lágrimas y amargos pensamientos.

* * *

Cuando al día siguiente fué Catalina a visitar el piso que le destinaban, su melancolía se borró como por ensalmo. Al verse entre aquel lujo, le pareció que estaba soñando, que era una heroína de cuento de hadas, que iba a vivir en un reinado de mágica ilusión... Y olvidó su amargura... El recuerdo de Jack esfumóse de su alma, y la vanidad, el ansia de verse agasajada, de ser una gran señora, pudo más que el recuerdo del novio modesto que no podía brindarle otra riqueza que la de su cariño.

Dupuy y Goldfarb la acompañaban en su visita... El primero de ellos le dijo:

—Se me ocurre una cosa, Catalina... Vamos a dar una fiesta extraordinaria en esta casa en honor de Weatherby.

—Sí... sí...

—Y durante la fiesta, es preciso que procure convencer al señor Weatherby que invierta más dinero en nuestro negocio... Si hace esto le doblaremos el sueldo... le compraremos un automóvil.

—¿De veras? Haré todo lo posible... ¡Gracias a todos... gracias! ¡Qué buenos son para mí!

¡Cómo había cambiado la linda mujercita! El demonio del lujo y la ostentación la vencía. Era ya como Virginia y pensaba que no hay alegría mayor que la de vivir con esplendidez...

Pero tenía un dardo clavado en el alma, Jack. ¿Por qué este muchacho, el primer hombre que ella había amado, se había mostrado tan inflexible y cruel?

¡Si ella le quería, le quería con toda su alma! Pero no consideraba incompatible ese amor, ese gran cariño, con las proposiciones de los modistas, con la protección de Weatherby... Eran dos cosas perfectamente conciliables... ¡Oh!, estaba segura de que Jack volvería a ella... Y lamentaba en el alma que él hubiese perdido su empleo... Después de la fiesta hablaría con Jack, se reconciliaría con él y procuraría que de nuevo lo admitiesen en la tienda...

Al día siguiente se celebraron los preparativos para la gran fiesta en el soberbio piso de Catalina.

Y llegó la noche solemne. Una larga hilera de automóviles se estacionaba ante la casa de Catalina, situada en uno de los barrios más aristocráticos de la ciudad.

Lo mejorcito de la capital, los presuntos compradores de grandes trajes y abrigos habían sido invitados al acto.

Catalina con su aire de distinción aristocrática hacía los honores de la casa. Weatherby, Goldfarb y Dupuy la ayudaban a recibir a los visitantes.

Se bailó al son de dos orquestas que alternaban con su ritmo de jazz-band.

Luego desfilaron numerosas modelos, presentadas con bella y acertada frase por Catalina.

Sirvióse una cena fría, bebióse abundante champaña y la alegría desbordóse gentilmente.

Catalina supo captarse las simpatías de todo el mundo y consiguió numerosos pedidos.

Ninguno de los que habían asistido a aquella fiesta extraordinaria, excepcional por su riqueza y su magnificencia, la olvidaría nunca... Todos se hacían lenguas de la simpatía irresistible de Catalina.

A ruegos de Dupuy, Catalina cantó una de las can-

ciones que había aprendido en casa de Smith y ello le dió nuevo motivo para otro éxito.

¡Qué feliz se sentía la muchacha al verse a tan encumbrada altura! Sólo a veces un amargo pensamiento la ensombrecía. ¿Por qué Jack había mirado con tan malos ojos todo aquello? Seguramente si hubiese estado allí, habría visto cuán infundados eran sus temores.

Weatherby se portaba con ella como el más correcto caballero. Catalina le pidió que concediese más dinero a Goldfarb y a Dupuy para la ampliación del negocio, y el millonario aceptó sin ninguna reserva la proposición.

Cerca de las dos de la mañana terminó la fiesta... Catalina se acercó a Goldfarb y a su socio y les dijo con la mayor de las alegrías:

—El señor Weatherby consiente en darles el dinero.

—¡Es usted maravillosa! Mañana le doblaremos el sueldo.

Catalina sonrió y se dirigió a despedir a los numerosos invitados que le aseguraban habían pasado una velada inolvidable.

Sin embargo, algunas personas espiaban a Catalina y a Goldfarb y Dupuy... Metidos en un coche, Jack y su amigo Eddie aguardaban frente a la casa la salida de Catalina y de Weatherby.

El novio de Catalina estaba dispuesto a hablar directamente con el millonario... Quería exigirle inmediatas explicaciones acerca de su conducta. ¿Qué móvil le guibia con aquella protección a Catalina?

En el rellano de la escalera de la casa, las señoras Goldfarb y Dupuy aguardaban la salida de sus maridos.

No estaban dispuestas a consentir que los modistas se burlasen de ellas como lo estaban haciendo. Porque Gold-

farb y Dupuy les habían dicho que asistían a una reunión comercial, para tratar de la crisis económica que se dejaba sentir en todos los sectores... y temerosas de ser engañadas como otras veces, las dos escamadas señoras siguieron a sus maridos... y pudieron convencerse de la nueva mentira de que habían sido víctimas.

Aquella era una fiesta con todas las de la ley... Mujeres, música, alegría, risas... Pues bien, esperarían a que ellos saliesen aunque tuviesen que pasarse allí hasta la mañana siguiente.

—Te voy a decir una cosa, querida. No me gusta pegarle a mi marido si no se lo merece—comentó la señora de Dupuy.

—En ese caso creo que esta noche le vas a dar una gran paliza.

Por fin vieron desfilar a los invitados y aguardaron tranquilas, sin perder la serenidad... Y cuando vieron pasar a sus maridos del brazo de unas alegres modelos con las que pensaban pasar el resto de la noche, arrojáronse sobre ellos, y paraguas en ristre les dieron un palizón formidable del que iban a acordarse en todos los días de su vida.

Las modelos escaparon de la quema, y los pobres modistas, con el traje destrozado y el cuerpo roto por los golpes, tuvieron que seguir a sus esposas que los arrastraban llenándolos de feroces insultos.

Jack y Eddie escondidos en su automóvil, vieron salir a los dos matrimonios en tan lamentable estado.

—Pero, ¿qué significa eso? ¿Qué debe ocurrir allá arriba?... Si esa es la clase de fiestas que están dando, voy a subir—dijo Jack.

—No te comprometas... No seas absurdo...

—Temo por Catalina. El corazón me dice que pasa algo grave.

Y acercando el coche a la pared, saltó sobre la capota y se encaramó al muro dispuesto a saltar al balcón.

Catalina había entretanto despedido a los últimos invitados, entre ellos a Weatherby... Estaba contenta del éxito de la fiesta... Iban a doblarle el sueldo. Para siempre el espectro de la pobreza habría desaparecido.

Creíase ya sola en el piso cuando vió de nuevo a Weatherby que aparecía detrás de un cortinaje.

Su corazón le dió un vuelco. Presintió sin saber por qué un grave peligro...

—Pensé que se había retirado con los demás—le dijo.

—Sí, iba a marcharme... pero he vuelto de mi acuerdo... Me quedó para hablar un rato contigo—le dijo tuteándola.

—Pero es ya tan tarde...

—¿Y qué importa eso? No viene de una hora, ¿verdad? ¡Ah! chiquilla, ¿crees que no sé todo lo que pasa? He comprendido que Goldfarb y Dupuy se han valido de ti para que les diera el dinero... Y se lo voy a dar no por ellos, sino por ti, a quien quiero ayudar siempre... siempre...

—¡Gracias, señor!—dijo con timidez.

—Si me tratas bien, tendrás todo cuanto se te antoje... Riquezas, fastuosidades... lo que nunca has podido imaginar... Tú en cambio, sólo debes ser complaciente conmigo. ¿Quieres?

Y súbitamente la rodeó el talle pretendiendo darle un beso.

Catalina se estremeció. Dió un grito. Comprendió en aquel instante las verdaderas intenciones del millonario.

—¡Déjeme usted! Yo no soy lo que usted cree... No... no...

Y con los brazos extendidos apartaba a aquel cuerpo que quería enroscarse al suyo.

El rompió en una carcajada brutal, estridente.

—Vamos, ¿a qué vienen esas resistencias? Después de mi protección te andas ahora con remilgos? ¿Es que has creído que yo iba a favorecerle sin que me dijeses nada? ¡Locuela!

Lágrimas de vergüenza caían del rostro de Catalina. Se daba cuenta de la razón que tenía Jack al presentir graves peligros con la protección del millonario.

—¡Dame un beso! ¡Uno nada más!—gritaba Weatherby.

Pero ella con un esfuerzo supremo pudo rechazarle, y escapar de allí, a tiempo que rompiendo un cristal entraba por la ventana Jack Hunter.

La joven, sin ver a su novio, salió velozmente hacia la calle. Weatherby quiso seguirla pero tuvo que detenerse al ver que avanzaba hacia él el ex dependiente Jack.

—¿Qué hace usted aquí?—rugió el millonario.

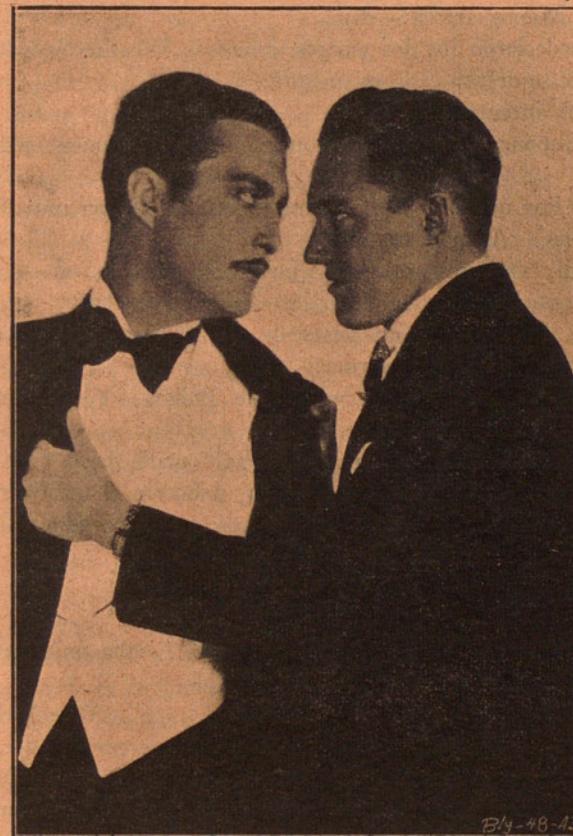
—Vengo a castigarte, canalla. Te voy a enseñar a dejar a mi novia en paz. ¡Bandido!

Lanzóse sobre él y los dos hombres sostuvieron una lucha encarnizada. Jack era más fuerte y resistente. Dirigía soberbios puñetazos a la cabeza de Weatherby.

Momentos después apareció Eddie.

Corrió en auxilio de su amigo, pero tuvo que desistir de ello al ver aparecer a un policía que revólver en mano les intimaba a la rendición.

Era uno de los agentes de servicio en la calle que



B/4-48-126

—Te voy a enseñar a dejar a mi novia en paz.

había visto encaramarse a Eddie por el muro y al que había tomado por un ladrón.

—¡Manos arriba! —dijo.

Obedecieron los dos amigos, mientras Weatherby, extenuado, se dejaba caer en un sofá.

Jack intentó defenderse.

—Supongo que no nos tomará usted por unos ladrones...

—¿Por qué no? Las circunstancias no les son muy favorables. ¡A la Comisaría!

—Sí, vayamos—exclamó Jack con indignación—. Y allí contaré qué clase de pájaro es ese Weatherby.

El aludido hizo un gesto de rabia, pero incapaz de levantarse, dijo al guardia:

—¡Llévelos a la Delegación de Policía! Yo iré más tarde a concretar cargos.

—¡Ven! ¡Nos veremos las caras! —gritó Jack.

El guardia les obligó a marchar, mientras el millonario se quejaba amargamente del doloroso e inesperado epílogo de su conquista.

* * *

Catalina volvió a casa de sus amigas. Estaba únicamente Flora a quien contó todo lo sucedido.

—He sido una tonta. Tenía razón Jack... Weatherby es un mal hombre. No obraba desinteresadamente... pretendía mi amor... quería que fuese su amiga... ¡Qué loca he sido! Y entretanto, tal vez haya perdido para siempre el amor de Jack.

Flora intentó consolarla en vano... ¡Ay, que siempre hayamos de escarmentar por la propia experiencia y nunca por los ajenos consejos!

De pronto llamaron al teléfono. Flora recogió el teléfono y corrió a trasmitirlo a su amiga.

—¿No sabes? —dijo—. Eddie y Jack están detenidos por haber tratado de matar a Weatherby.

—¿Jack hizo eso? ¡Oh! Entonces significa que aun me quiere, que aun confía en mí. Vayamos corriendo a la Delegación.

Dirigieronse velozmente a la cárcel desde donde Eddie les había telefoneado.

Y allí se encontraron con una dulce sorpresa. Los dos jóvenes acababan de ser puestos en libertad. Un agente de policía se lo había comunicado momentos antes.

—Están ustedes libres... Weatherby acaba de telefonar diciendo que no quiere hacer ningún cargo contra ustedes para evitar que el hecho se haga público. No quiere dar su nombre a los periódicos.

Catalina, llorando amargamente, corrió a los brazos de Jack.

—¿Me perdonas, Jack mío? He sido engañada, la vida me ha dado una amarga lección. Busqué lejos de ti la felicidad, creyendo en que la protección de Weatherby era generosa... Y me he llevado un chasco terrible... El quería de mí lo que no podía darle: mi amor. Jack, ¿me perdonas?, te prometo obedecerte siempre...

—Si te perdonó? ¡Con toda mi alma, Catalina! Pero quiero que en lo sucesivo jamás dejes de escuchar mis consejos... Conténtate con lo que tienes y no busques por caminos imposibles riquezas que nunca podremos alcanzar.

Y allá en la misma Delegación, ante los propios guardias, los jóvenes afirmaron con un estrecho abrazo su reconciliación.



—*Me perdonas, Jack mío?*

* * *

Pasó algún tiempo. Catalina abandonó la casa de Goldfarb y Dupuy y buscó un nuevo empleo. También Jack tenía otra colocación más retribuida y agradable. Se casaron y su existencia era modesta pero aureolada por los rayos de oro de los que viven contentos con lo que tienen.

Flora quiso imitarles también y acabó casándose con Eddie... Y en cuanto a Virginia, desengañada ya por lo ocurrido a Catalina y viendo por otra parte que ninguno de aquellos millonarios con los que trataba le hablaban formalmente de matrimonio, comenzaba a escamarse y pensaba en Billy con menos hostilidad que antes. Acaso acabaría casándose con él. Al fin y al cabo era el único que le había prometido ser su marido...

Y una vez más iba a cumplirse el sabio refrán: Cada oveja con su pareja...

F I N

Se ha puesto a la venta con grandioso éxito, la Colección de 6 postales de
Maurice Chevalier con Claudette Colbert
 en EL GRAN CHARCO.

Precio: 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
 Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tip. Barcelona - Arribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone
HOY, la deliciosa novela

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18851
BARCELONA